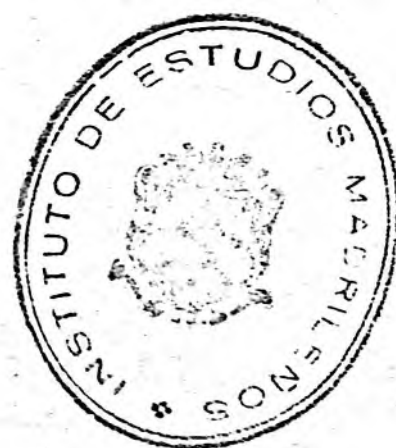


ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo IX



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1973

S U M A R I O

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Páginas

Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1972, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
---	---

E S T U D I O S

El plano de Juan Gómez de Mora de la Plaza Mayor de Madrid en 1636, por <i>Antonio Bonet Correa</i>	15
Documentos para la biografía de Juan Gómez de Mora, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	55
La calle de Atocha, por <i>Carmen Rubio Pardos</i>	81
La Ermita y el Cerrillo de San Blas, por <i>María del Carmen Simón Palmer</i>	117
Más documentos sobre impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII (continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	127
La Capilla de la Concepción del Colegio Imperial, por <i>Ramón Ezquerria Abadía</i>	173
Enterramiento del cardenal Granvela, en 1586, por <i>Florentino Zamora Lucas</i>	225
Un retablo documentado de Alonso Carbonel en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena de Getafe, 1612-1618, por <i>María del Pilar Corella Suárez</i>	231
La descripción de «S. Lorenzo el Real de la Victoria» del Escorial por Lorenzo Van der Hamen (1620), por <i>Gregorio de Andrés</i>	251
La Galera o Cárcel de mujeres de Madrid a comienzos del siglo XVIII, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	277
La construcción del Palacio de Liria, por <i>José Manuel Pita Andrade</i>	287
Los Reales Estudios de San Isidro: nuevas noticias, por <i>José Simón Díaz</i>	323
Problemas del transporte madrileño en el siglo XVIII, por <i>Francisco Aguilar Pinal</i>	341
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII (continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	357

	Páginas
Vanidad y temor en una actitud de Moratin, por <i>Joaquín de Entrambasaguas</i> ...	387
La Sociedad Económica Matritense y la promoción de la Sociedad Patriótica de Jerez de la Frontera, por <i>Manuel Ruiz Lagos</i>	401
Una mujer cirujano en tiempos de Carlos IV: Victoria de Félix, por <i>Paula de Demerson</i>	415
Límites del Barrio de Argüelles. Su evolución, por <i>Maria Eulalia Ruiz Palomeque</i> .	427
Don Francisco Coello en la Sociedad Geográfica de Madrid, por <i>José Gómez Pérez</i> .	437
Mapas y Planos de Madrid y su provincia editados o impresos por el Instituto Geográfico. Cien años de labor cartográfica, por <i>José María Sanz García</i>	449
Notas adicionales acerca de los leones del Palacio de las Cortes, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	499
Vicisitudes políticas de una estatua: el «Carlos V» de León Leoni, por <i>Manuel Espadas Burgos</i>	503
Un ensayo de formación humana y social en la escuela, por <i>Antonio Aparisi Mocholí</i>	511

MEMORIAS Y RECURSOS

Diario de un estudiante del Instituto de San Isidro (1920-1921), por <i>José Gavira Martín</i> . Advertencia preliminar, edición y notas por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i> .	521
---	-----

SEMBLANZAS DE MADRILEÑISTAS ILUSTRES

El actor madrileño don Enrique Chicote, por <i>José Subirá</i>	617
Conversación con Subirá, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	631

SEMINARIO DE TOPONIMIA URBANA

Las calles de Madrid en 1624, por <i>José del Corral</i>	643
---	-----

BIBLIOGRAFIA

Madrid en los libros, por <i>Juan Sampelayo</i>	691
Bibliografía artística madrileña (1971-1972), por <i>María Luz Rokiski Lázaro</i>	697

CONVERSACION CON SUBIRA

Por LEONARDO ROMERO TOBAR

La ingente obra del investigador José Subirá ha estado expuesta en ocasiones a lo que —a propósito de los «papeles de Barbieri»— calificó el propio Subirá como «objeto reiterado de metódicos saqueos». Una coincidencia lamentable que no agota las relaciones que aproximan a los dos musicólogos, ya que tanto en el erudito del pasado siglo como en nuestro infatigable Subirá se aúnan dos vocaciones y dos actividades complementarias: la del creador musical y la del estudioso del antiguo teatro español. Las «afinidades electivas» que relacionan a Barbieri y Subirá pueden detectarse en los trabajos que este último ha dedicado, en diversos momentos de su vida, a esclarecer la figura de su ilustre antecesor en los estudios musicales, recordemos: *Manuscritos de Barbieri existentes en la Biblioteca Nacional* («Las Ciencias», 1936), *Una seguidilla satírica de Barbieri* («Las Ciencias», 1935), *La relación epistolar entre Apel·les Mestres y Francisco A. Barbieri* («Revista Musical Catalana», 1936) o *Barbieri ante la novísima Sección Musical de la Academia* («Boletín de la Real Academia de San Fernando», 1971).

La persona de Subirá reúne las más nobles facetas de la tradición erudita española, las características de la proverbial laboriosidad catalana —Ricardo Fuente, director de la Biblioteca Municipal, reconocía que los fondos teatrales manuscritos de esta Biblioteca «sólo los podía estudiar un catalán»—, la fina sensibilidad de los creadores musicales y la ejemplar actitud moral de los hombres que saben estar por encima de las circunstancias sin dejar, por ello, de estar a su altura.

En la entrañable actividad del coloquio —para quien, como yo, conocía algo de la obra, pero no al hombre— va fijándose el perfil personal de Subirá que, con su palabra sugestiva, va abriendo ventanales y panoramas de cuestiones históricas, literarias, estéticas, musicales..., cuestiones que se cobijan bajo una actitud de generosidad radical frente a los hombres y las cosas.

He tenido el honor —confiesa Subirá— de ser amigo de los amigos, amigo de personas de distintas ideologías o dedicadas a actividades muy diversas. Don José Artero, rector de la Universidad Pontificia de Salamanca, fue un amigo formidable que no dudó en prestarme una gran ayuda en el momento en el que la necesité. He mantenido relación amistosa con gentes de diversas generaciones; con Tomás Bretón, que fue miembro del tribunal ante el que oposité para aspirar a una plaza de pensionado en la Escuela Española de Bellas Artes de Roma. Bretón tuvo conmigo un gesto elegante; me escribió una carta alentadora al no obtener aquella plaza. Años más tarde me dedicó el retrato que puede Vd. ver.

La sala de estar, en la casa de Subirá, es una biblioteca y un museo reunidos y trabajados con el afán de una larga vida dedicada al estudio. En las paredes se pueden ver fotografías de personajes importantes —¡siempre en el campo de la actividad intelectual!— y de grandes músicos; todas están refrendadas por dedicatorias expresivas de la admiración que aquellos hombres sintieron por Subirá. Apunto algunas dedicatorias: la de Tomás Bretón («Al infatigable escritor, artista y crítico admirable, José Subirá, su amigo y afmo.») y la de Richard Strauss («Madrid-10 febrero-1925. En honor del gran Cervantes para José Subirá»). Hay otras muchas fotos glosadas amistosamente, fotos de los Nin, padre e hijo; de los catedráticos Joaquín Turina y Julio Gómez, del Cardenal Mercier, del músico burgalés Antonio José... Al recordar a este amigo entrañable, desaparecido cuando comenzaba a rendir algo de lo mucho que encerraba en su portentosa potencia creadora, la evocación de Subirá se tiñe de nostalgia dolorosa: «era la mejor promesa de la música española según palabras de Ravel».

Los amigos de Subirá también podían ser los de su padre, como José María Carulla, conocido como autor de la *Biblia en verso*, quien dedicó al joven compositor un soneto, con motivo de la audición en el Conservatorio de su cantata *Rayo de luna* sobre un libreto de Carlos Fernández Shaw. Este es el soneto del prolífico versificador:

¿Subirá Subirá con sus alientos,
el hijo de varón de fe encendida
que alegró veces mil tu triste vida
con su amistad, ajena a fingimientos?

Subirá cual espuma por momentos
el garzón que a su madre honra entendida,
amando la labor por Dios querida,
y teniendo admirables sentimientos.

¿Subirá Subirá? Yo nuevamente
no pregunto jamás a conocido
por no perder el tiempo inútilmente.

Un día, mi pregunta habiendo oído
esto exclamó el Señor omnipotente:
¿Si Subirá pregunta? ¡Ya ha subido!

En este soneto de Carulla ve Subirá los ceñidos y exactos retratos de su padre y su madre. La conversación vuelve sobre los amigos y las personas entrañables que le han rodeado en diversas etapas de su vida.

Enrique Díez Canedo —a propósito del soneto de Carulla— me decía que yo debía publicarlo. Conoció a este académico de la Lengua y crítico excelente —uno de los mejores conocedores de las literaturas extranjeras modernas, especialmente de la francesa— en la Facultad de Derecho, cuando los dos asistíamos a un examen. Desde aquel momento iniciamos una profunda amistad. Recuerdo que cuando, recién casado, vine a vivir a este piso —hace ya de ello cincuenta y siete años— di a Díez Canedo mi dirección: «Viriato, núm. 9»; le di también un consejo nemotécnico relacionado con las obras del famoso militar hispano y con las Sinfonías de Beethoven. La ayuda nemotécnica falló, porque Canedo trastocó los datos; pensó en el Gran Capitán y en las treinta y dos sonatas pianísticas, por lo que me buscó infructuosamente en el número 32 de la calle Gran Capitán. Eran los tiempos en que Madrid, por no haber crecido portentosamente, era aún la ciudad del siglo XIX. Desde un balcón de esta misma casa, en los días estivales, unos vecinos podían hacerse señales a través de espejos con unos parientes de Pozuelo.

También Felipe Trigo y yo fuimos excelentes amigos. El sugirió que yo dirigiese la «Revista Contemporánea», donde colaboraba intensamente cuando esta revista sufrió una paralización al parecer transitoria, pero que fue definitiva. Inserté numerosos artículos desde 1906 en la revista «Nuestro Tiempo», y durante cinco años, a partir de 1913, fui aquí redactor único de las secciones «Revista de revistas» y «Revista de libros». Otro gran amigo fue Rafael Domenech, director de un museo madrileño. Profesor de la Escuela Superior de Pintura y traductor del «Apolo» de Reinach; al dedicarme en 1906 un ejemplar del mismo, me ensalzó como «crítico de gran inteligencia y corazón».

Hablando de los amigos músicos Subirá evoca su amistad con Granados y dice: Cuando estrenó en Madrid sus «Goyescas» pianísticas, que me había dado a conocer poco antes en su hogar barcelonés, salimos juntos a la escena. El tocó la obra y yo volví las hojas de la misma. En su biblioteca, guarda un ejemplar de aquellas «Goyescas», con dedicatoria autógrafa, y en aquel apo-

sento pende una fotografía de Granados donde se lee: «A mi buen amigo Subirá con todo afecto y admiración.»

Desde muy antiguo había sido mutua, profundísima e inquebrantable la amistad de Subirá con el filólogo, políglota y académico de la Española don Julio Casares.

Casares había sido un gran violinista, que estudió con Pablo Casals y otros alumnos en la clase de don Jesús de Monasterio, y tocó en la Orquesta del Teatro Real antes de pertenecer al Ministerio de Estado. Hace unos cincuenta años que vino varias veces a mi hogar con su violín y con sonatas de Beethoven y Brahms para que las tocásemos en mi piano. Y en el suyo toqué muchas veces las obras más diversas. Sus consejos y sus ayudas me hacían feliz en varias ocasiones. Y al dedicarme un ejemplar de su imprescindible Diccionario ideológico de la Lengua Española, escribió la dedicatoria siguiente: «A José Subirá, lamentando no poder corresponder al regalo de sus publicaciones —magníficas por dentro y por fuera— con alguna mía digna de ellas.—Julio Casares.—Febrero 1949.»

Los recuerdos de los amigos se van entreverando con memorias de la propia vida, una vida que alcanzó ya la difícilmente asequible cota de los noventa años. Al recordar la fecha de nacimiento, bromea Subirá con el error administrativo que le hace bautizado —el 18 de agosto de 1882— antes de haber nacido, cosa que, según el Registro Civil, acaeció el 20 de agosto. Aunque de origen catalán, su nacimiento en Barcelona obedeció a una circunstancia fortuita: sus padres vivían en Madrid y pasaban allí las vacaciones. Poco después su padre fue catedrático de Matemáticas en el Instituto de Ciudad Real.

Pasamos del salón al despacho del investigador. De las estanterías me acerca un libro; su autor, Mauricio Isidro Subirá. El libro se titula, muy modestamente, *Breves nociones de Algebra elemental*. Lleva un prólogo fechado el año en que nació nuestro musicólogo y quedó impreso en 1883. Hojeo el libro; leo algunos párrafos y me llama la atención el estilo claro y elegante en que está escrito este tratadito. También me llama la atención, y Subirá me lo hace notar, un apéndice de la obra que bajo el título *Glosario etimológico matemático*, anota el origen latino de las principales voces usadas en el volumen. Estos hábitos intelectuales dibujan un ambiente familiar en el que la calidad de la cultura humanística del padre influiría en las orientaciones futuras del hijo. Sin embargo, éste lo perdió a los cinco años de edad.

En Ciudad Real estudié el Bachillerato y también Música, pero esto como adorno. Tenía un profesor de música muy competente y al examinarme en Madrid por vez primera aprobé en una convocatoria solfeo y cuatro años de

piano. En Ciudad Real había un reducido ambiente musical inquieto y muy valioso. Recuerdo a un ingeniero agrónomo que —había estudiado con Monasterio— formaba con sus tres hijas un cuarteto de cuerda y yo intervenía al tocar sonata y tríos con piano. También puse música a una zarzuela satírica de tipos populares que se titulaba *La prueba del espejo*; cuando se estrenó gustó mucho, pero a la segunda representación los amigos de los ridiculizados acudieron con la pretensión de arrastrar a los autores. El maestro Emilio Vega, futuro director de la Banda de Alabarderos, reconoció que su formación musical procede de su breve estancia en la ciudad manchega como director de la Banda Municipal.

Su Licenciatura de Derecho fue del año 1904. *El Rayo de Luna* se cantó al siguiente. Son momentos decisivos en la orientación profesional del joven graduado.

La carrera de Derecho sólo me ha servido para una cosa, para perder las oposiciones a la carrera consular. Si hubiese ganado estas oposiciones, quizá hubiese conocido muchos países, pero difícilmente hubiera podido dedicarme a labores musicológicas.

Otras oposiciones en las que fue "derrotado por unanimidad", éstas a la Cátedra de Historia de la Música del Conservatorio de Madrid, confirmarían definitivamente la vocación investigadora de nuestro musicólogo, pues como dijo éste, «nunca había mal que por bien no viniera».

*Pude dedicarme a estudiar los legajos de la Biblioteca Municipal gracias a haber perdido aquellas oposiciones. Aunque muy distanciado de todo lo jurídico, en 1923 presenté mi tesis doctoral en la Facultad de Derecho. Durante cierto tiempo había trabajado sobre un tema que me había interesado: La Historia de la condición jurídica del músico. Pero el tema, cuando ya llevaba muy adelantado el trabajo, no fue aceptado por algún eminente catedrático de la Facultad. Así, pues, tuve que cambiar de tesis. Entonces trabajaba como temporero en el Ministerio de Trabajo, donde redactaba, desde su fundación, la sección internacional del Boletín de aquel Ministerio. Pues bien, entre el material de trabajo que pasaba por mis manos, acumulé amplísima información sobre un tema social que me interesaba, y sobre este tema versó mi tesis doctoral. Se titulaba *La crisis de la vivienda*: sus causas, males y remedios, y se publicó en 1924.*

A propósito de su doctorado, comenta Subirá que prefiere ser «docto» a «doctor», de igual modo que prefiere ser «excelente» a ser «excelentísimo», y que, en todo caso, más valía el honor que los honores. Inmediatamente reanuda la narración de los hechos de sus años mozos. La Guerra Europea le sorprendió fuera de España.

Estaba realizando yo un viaje por Europa, y al visitar una mañana la Catedral de Mónaco, vi un catafalco preparado para las exequias fúnebres de algún ilustre personaje que había muerto. Pregunté en memoria de quién eran esos funerales y me respondieron que de un Príncipe al que habían asesinado en Sarajevo. Fue la primera noticia que tuve de la próxima explosión bélica. Cuando llegué a Lyon, la gente esperaba con avidez la prensa de París a causa de un proceso que aquellos días se sustanciaba en la capital. Los periódicos llegaron al punto con las noticias de última hora: ¡la guerra había estallado! Me dirigí a España. En Lourdes pude recoger las impresiones aún confusas de las gentes. Volví a nuestro país en el último tren que salía de Francia antes de que los movilizaran todos. A los doce días de mi vuelta, murió en Ciudad Real mi santa madre.

Durante la Guerra Europea la actividad que despliega Subirá es digna de ser recordada. Hoy se exhuman las polémicas entre «aliadófilos» y «germanófilos» y se recuerdan las visitas a los frentes de guerra de grupos notables de intelectuales de la época. Junto a estas actividades político-humanitarias es obligado recordar las desarrolladas por Subirá a través del Patronato de Voluntarios Españoles.

Un tío de mi mujer, que habría de morir en Colombia muchos años después, fue el fundador del Comité de Voluntarios Catalanes y me alentó para que yo promoviera en Madrid una entidad similar. Conseguí que se encargaran de la Dirección del Patronato el Duque de Alba y don Rafael Altamira —que luego apoyaría con todo cariño mi tesis doctoral—; yo fui el secretario. Entre otras actividades, recibía y mantenía correspondencia con los españoles que luchaban en los campos de Europa. Con parte de las cartas que habíamos recibido preparé cuatro tomos; la impresión del cuarto, por cierto, la costé el Gobierno francés. Entre los papeles recibidos, los textos de Montiel tenían una fuerza e interés especiales. Forman el segundo tomo de la colección con el título Así dijo Montiel... Historia novelesca. Este libro, que narra una vida auténtica e impresionante, ocupaba un lugar de honor en la biblioteca del General Primo de Rivera, al que conocí en Valencia con motivo de un certamen de Bandas. El General me envió el 20 de noviembre de 1920 una carta mecanografiada y manuscrita en su postdata, en la que exalta las virtudes raciales de Montiel, el soldado anónimo que representa —sin embargo— las grandes virtudes del soldado español.

El Gobierno belga nombró a Subirá Oficial de la Orden de la Corona por su labor como Secretario de un comité hispano-belga y por sus tareas en pro de la Biblioteca de Lovaina, incendiada por los alemanes durante la Guerra. Don Juan Zaragüeta fue la figura más notoria del mismo. En 1920 publicó la

Memoria de la actuación del Patronato de Voluntarios Españoles. Conservó aquellas cartas de aquellos españoles anónimos; al repasar los textos de los cuatro volúmenes *Los españoles en la Guerra de 1914-1918*, y contemplar las fotografías que los acompañan, la nostalgia histórica nos lleva a lamentar lo que los españoles actuales hemos olvidado de los hechos de nuestros compatriotas en nuestro más próximo pasado. Merced a esa labor idealista, Francia nombró a Subirá Caballero de la Legión de Honor.

Subirá recuerda sus años en el Ministerio de Trabajo y de un modo particular el concurso-oposición para dar estabilidad a los interinos en la novísima escala de auxiliares. El ejercicio era fuerte; naturalmente, un dictado. *Si entienden mi caligrafía, verán mi ortografía*, apostilla Subirá ante los ejercicios. También recuerda sus actividades como crítico musical, su juvenil fervor wagnerista. Habla luego de otra obra cultural emprendida en sus años jóvenes: la Universidad Popular.

La Universidad Popular duró poco. Era una iniciativa desinteresada que respondía a la actitud de un grupo de profesores generosos y liberales, en el más noble sentido de la palabra. Yo di charlas y conciertos comentados (busca entre sus libros un tomo encuadernado de folletos donde hay varias *Memorias* de las actividades desarrolladas por la Universidad Popular). *Di, por ejemplo, varias conferencias en el Museo del Prado y una sobre Schumann con ilustración al piano en un centro obrero.* (Son numerosos los actos de este tipo que vemos reseñados en estas interesantísimas *Memorias*.) *Entre los profesores de la Universidad Popular figuraban Pedro Sangro, Agustín Barcia, E. Díez Canedo, Aureliano de Beruete y Eduardo Marquina.*

La Biblioteca archivo de Subirá es una joya bibliográfica inapreciable. De los folletos encuadernados con las *Memorias de la Universidad Popular* pasamos a hablar de otros libros alineados en estantes cercanos. *Ayer, hoy y mañana*, de Antonio Flores, los tomos de *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, la colección de manuscritos —cartas, notas, autógrafos— de amigos y colegas, de personas españolas y extranjeras que han tratado a Subirá y le han dejado su huella escrita de la admiración afectuosa que han sentido por él. Pregunto por los manuscritos que él más estima; es difícil poner un orden de prelación entre los nombres que cita.

Tengo manuscritos de Julián Gayarre, de María Barrientos, de Chueca, de Bretón, de Vives..., muchas cosas. Un volumen autógrafo de la obra de Diego de Pontac acompañada de opiniones de músicos de la época, entre otros de Brito. Por este manuscrito pagué quince pesetas. Es un texto de gran interés histórico-musical. Por entonces había baraturas que hoy parecen inconcebibles o ilusorias.

La biblioteca de Subirá cobija centenares de libretos de óperas, zarzuelas, tonadillas, el género musico-teatral dieciochesco que Subirá ha prestigiado con sus estudios y ha situado en el lugar exacto que le corresponde en el contexto del teatro español del siglo XVIII. El Instituto Miguel de Cervantes ha publicado recientemente el volumen *Variadas versiones de libretos operísticos*. Este libro ofrece el panorama comparativo, en dos idiomas, de libretos estampados desde el siglo XVIII, y el índice analítico incluye más de 250 óperas.

La Unión Musical Española en 1970 comenzó la impresión de tonadillas escénicas que yo he descubierto y armonizado. A principios de este año me han entregado las últimas publicadas, que son nueve, entre ellas Fortunita, fortunita, con la que se presentó en Madrid Pablo Esteve; El Pozo, que es su segunda parte; La beata de Blas de Laserna, que fue escrita para la condesa de Benavente, una alta dama preocupada y muy sensible a los hechos artísticos. En suma, he desterrado la falsa idea de que la tonadilla era una canción breve, sin mayor trascendencia. El texto impreso de El presidiario, de Pablo del Moral, consta de 45 páginas; no es, por tanto, una «cancioncilla».

Comentamos el acto académico con que la Academia de San Fernando —«fue primero en el homenaje del Instituto de Musicología, después, hace dos años, el Conservatorio», ha escrito Sopena— rindió homenaje al investigador. El acto fue presidido por *La Tirana* de Goya; el «plato fuerte», consistió en la representación de dos tonadillas, *El majo y la italiana fingida*, de Blas de Laserna, y *Garrido enfermo y su testamento*. Subirá muestra el álbum-recordatorio del acto, comenta la exposición bibliográfica, el efecto de sus compañeros de Academia y el cariñoso desvelo del Secretario de la Institución. De las tonadillas pasamos a hablar sobre el teatro español del XVIII.

La minoría ilustrada que quería imponer el «teatro francés» pudo llegar a presenciar cómo duró muy poco lo que ellos querían imponer. Hoy aquel teatro no tiene fuerza ni interés, mientras que lo mantiene la tonadilla. Este género musical formaba parte del teatro que gustaba al público de la época, como también entraba en los gustos del público popular el teatro que escribía Comella. Yo he leído todo el teatro de Comella —recordemos que el discurso de ingreso de Subirá en la Academia de San Fernando tenía como título Un vate filarmónico. Don Luciano Comella—, que fue mal conocido hasta en su época. Don Santos Díez González, censor oficial, le tachaba y le corregía los versos, con lo que traicionaba el estilo de la obra original. La mayor demostración del éxito de Comella la tenemos en el hecho de que se le representó en el teatro italiano y que fueron grandes admiradores suyos Goya y La Tirana. De Moratín tengo muy mal concepto como persona, dejando aparte al escritor; hay una evidente mala voluntad en los ataques a Comella en La Comedia

Nueva (estos últimos aspectos histórico-literarios, sustanciales para la historia del teatro moderno español, están expuestas detalladamente en su trabajo La moratiniana «Junta de Reforma de Teatros»).

Otros campos de investigación, como es notorio, han atraído la atención del investigador musical y literario: el «melólogo» o melodrama (*El compositor Iriarte [1750-1791]* y *el cultivo español del melólogo*, 2 vols.), la lexicografía —ha sido colaborador del *Diccionario Histórico* que publica la R.A.E.—, la antigua ópera española; en este último terreno, Subirá realizó un hallazgo sensacional: el texto musical de la primera ópera de Calderón *Celos aún del aire matan*. La inmensa actividad de este hombre alcanza a muchos terrenos: colaboración en múltiples revistas, crítica y divulgación musical, biografías de músicos..., creación literaria personal. Le pregunto por su novela *Su virginal pureza* (1917) y por *Mi valle pirenaico* (1927) y me responde que aquello es un pecadillo de juventud. Comenta otras obras publicadas con el anagrama «Jesús A. Ribó» y el libro *La elegancia en sociedad*, aparecido con el seudónimo «Baronesa Alicia del Castillo» por conveniencias editoriales.

El reconocimiento internacional a su obra es unánime. Es fundamental su colaboración en enciclopedias como el *Larousse de la Musique*, *Musik in Geschichte und Gegenwart*, *Musik Lexikon Riemann* y la *Enciclopedia dello Spettacolo*. Me muestra el ejemplar de su libro *La Musique espagnole* publicado en la colección francesa *Que sais-je?*, y la traducción del mismo al japonés. Lamenta no tener tiempo para estudiar este idioma.

Entre los diversos campos cultivados por Subirá destaca su dedicación a los temas madrileños; su monografía sobre el «melólogo», el descubrimiento de la primera ópera calderoniana, la historia de la Congregación de Actores, el trabajo en que actualmente se ocupa —la historia de los cien años de vida de la sección de Música de la Academia de San Fernando—, son algunos hitos señalados en su afición madrileñista. A lo largo de su biografía intelectual ha publicado en diversas revistas, trabajos monográficos relacionados con Madrid, singularmente en la «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid» y en los *Anales del I. E. M.* La primera revista puede considerarse como uno de los más positivos focos del madrileñismo de la presente centuria; comenta Subirá que su particular inclinación a la vida doméstica le impide evocar el ambiente real que pudo respirarse en torno a esta publicación. En cualquier caso, en las páginas de la revista citada están editadas algunas de las páginas memorables del musicólogo y del madrileñista.

Pregunto a Subirá por los temas madrileños de investigación que, en su

opinión, están aún insuficientemente explotados y pueden, por tanto, atraer la atención y el interés de los jóvenes.

Recomiendo en primer lugar la lectura de toda la obra de Cotarelo —que fue excelente amigo mío— que informa cumplidamente sobre muchos temas histórico-literarios. En segundo lugar, recomiendo la frecuentación de tres fuentes documentales de primera magnitud: la Biblioteca Nacional —el catálogo de manuscritos musicales, dispuesto por Anglés y por mí, termina en el siglo XVIII—, los fondos de música dieciochesca conservados en la Biblioteca Municipal y el material coleccionado en la Biblioteca del Palacio Real; quizá en los archivos de algún convento —como en las Descalzas Reales— exista también material aprovechable para la historia de la música española.

Se hace necesaria una monografía rigurosa que analice y valore las muchas iluminaciones que los noventa fecundos años del investigador y del escritor han ido trayendo a la historia de la música y la literatura hispanas, aunque aún queda mucha obra en el telar y un talante entusiasta dispuesto a llevarlo todo adelante. Concluye nuestra conversación con un recuerdo a los estudios musicológicos españoles, a Anglés —recientemente fallecido—, al «Anuario Musical», que es la revista del Instituto Español de Musicología, y a los jóvenes maestros en este campo de la investigación.

ALGUNAS NOTICIAS BIO-BIBLIOGRAFICAS SOBRE JOSE SUBIRA

Enciclopedia Espasa, tomo 59 y Apéndice 9.—*Diccionario de Literatura*, Revista de Occidente, 1949.—*Discurso de contestación al de recepción de Subirá en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, Madrid, 1953.—*Who's Who in Europa*, 3.ª edic., 1962.—MERCEDES AGULLÓ COBO, en «El Libro Español», 1959.—*Who's Who in Spain*, 1963.—JOSÉ MARÍA LLORENS, *El Excmo. Sr. D. José Subirá Puig. Biografía y Bibliografía*, «Anuario Musical», vol. XVIII, 1965.—*Quién es quién en las letras españolas*, Madrid, I.N.L.E., 1969.—*Homenaje al Académico D. José Subirá*, «Boletín de la Real Academia de San Fernando», 1.º semestre, 1970.—*World Who's Who*, 1970.